

ANATEMAS

HENRY CARRASCAL CARRASCAL

ANATEMAS



©2022, Editorial Escarabajo S.A.S.
Calle 87 A No. 12 - 08 Ap. 501
Bogotá, Colombia
www.escarabajoeditorial.com
escarabajoeditorial@gmail.com

©Henry Carrascal Carrascal

Colección Narrativa Colombiana Escarabajo “Jugué en mi corazón al azar”
Homenaje a José Eustasio Rivera

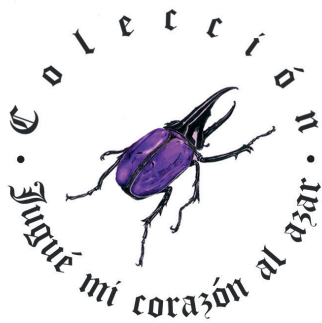
Director de la colección: Eduardo Bechara Navratilova
Editores: Bianca Febbrario Saetta & Eduardo Bechara Navratilova
Diseño de portada: Melissa Álvarez Quintero
Diagramación y diseño del interior: Melissa Álvarez Quintero
Ilustraciones de portada e interior: Melissa Álvarez Quintero

ISBN: 978-628-7546-18-9

Queda hecho el depósito de ley.

Primera edición en Colombia: Escarabajo Editorial S.A.S. 2022

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida de forma total o imparcial, ni registrada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito del autor o la editorial.



Narrativa Colombiana Escarabajo
Homenaje
José Custasio Rivera

ABANDONAD TODA ESPERANZA

Todo hombre, en algún momento de su vida, ha creído estar signado con una maldición, y quizás así lo sea. La marca de Caín, que lo exonera de ser asesinado, no es, como se creería, una muestra de benevolencia o una suerte de bendición, sino el ensaño de dios contra el fratricida. Es una manera de perpetuar el sufrimiento, es una forma de agravar la tortura, es el camino purgativo del martirio. A dios no le basta con arrancar de cuajo la vida de los pecadores, sino que se deleita con el padecimiento de su creación. Todo hombre, insisto, ha creído portar una marca oscura, un estigma que lo conduce a la desgracia. Bien sea porque somos los hijos de Caín y llevamos en la sangre una deuda antiquísima, o porque estamos condenados al sino fatal de la extinción, o porque el camino pedregoso nos libra de la insípida monotonía, hay sin duda algo macabro en todo destino humano. José Gorostiza lo dice mejor: “lleno de mí, sitiado en mi epidermis/por un dios inasible que me ahoga,/mentido acaso”.

La vida es insistente quemadura, vivir es arder en carne propia. Vivir es pasión; y pasión, goce y padecimiento. Esta es una dualidad que nos atraviesa y define, una dualidad que nos constriñe; una verdad, al fin y al cabo. Georges Bataille afirma que para

superar los miedos hay que encararlos, que sólo nos liberamos de lo que nos desborda siendo conscientes de ello. Y la consciencia, a despecho, no da tregua, no da sosiego, no consuela. Abrir los ojos es hacer incisiones en la conciencia, es rasgar los velos de la desatención, es extirpar ruina y raíz para que reine otra forma de la ceguera; para que duela, otra claridad. Lucidez es inmolación. Y el sacrificio es el precio por atentar contra el prestigio de la divinidad, por escrutar la divina belleza que justifica este tránsito trivial que es la vida.

Henry Carrascal Carrascal es, a mi parecer, un dios vengativo y cruel (ya no el pequeño dios de Huidobro). Es el dios que se ensaña con su creación y le hace padecer toda suerte de vejámenes. En su obra habita la exuberancia de lo voluptuoso, la sensualidad de la podredumbre, la lascivia de la brutalidad. No es gratuito, entonces, que su libro se titule “Anatemas”, palabra que etimológicamente se refiere “a la víctima expiatoria ofrecida a los dioses infernales, separada de la comunión de los fieles. Excomulgado, considerado como fuera del camino de la salvación”. Cada cuento tiene su cuota de martirio, es un examen de la patología humana, una puesta en evidencia del hombre mismo. La naturaleza enferma, culpable hasta de su propia existencia, de sus pulsiones y de sus deseos inconfesables, tiene lugar en estas páginas. Anatemas es, pues, una extensa confesión de lo que somos o podemos ser.

La paz está en la sevicia, en la imperturbabilidad del carnicero. Henry disecciona, amputa, cercena, con precisión quirúrgica. Nos desuella de toda vanagloria. Deja en descubierto el nervio. Quizá como una invitación a desmontar la indolencia, como una provocación que pone en entredicho la pulcritud, como una exhortación a volver sentir. Porque para eso son las heridas, para constatar que vivimos. Cada tajo en la conciencia, cada cuchillada, nos recuerda que en el fondo no somos más que eso: un amasijo de carne y hueso. Y que esa materia, deleznable y corrompida, condenada y moribunda, sólo tendrá, por fin y para siempre, una segunda oportunidad, si reconoce sus manchas, si deja de lado la hipocresía.

Anatemas debería llevar por inscripción, las palabras con las que comienzan los cantos de Maldoror: “plegue al cielo que el lector, enardecido y momentáneamente feroz como lo que lee, halle, sin desorientarse, su abrupto y salvaje sendero por entre las desoladas ciénagas de estas páginas sombrías y llenas de veneno; pues, a menos que ponga en su lectura una lógica rigurosa y una tensión de espíritu igual, como mínimo, a su desconfianza, las emanaciones mortales de este libro embeberán su alma como azúcar en agua. No es bueno que todo el mundo lea las páginas que siguen; sólo algunos saborearán sin peligro ese fruto amargo. Por lo tanto, alma tímida, antes de adentrarte más por semejantes landas inexploradas, dirige hacia atrás tus pasos y no hacia delante. Escucha bien lo que te digo: dirige hacia atrás tus pasos y no hacia adelante”.

No sabemos, a ciencia cierta, si las palabras de este libro nos condenen. Si somos, al leerlo, cómplices de la barbarie. Si quedará en nuestro espíritu el anatema. “Abandonad toda esperanza, si aquí entráis”, se los advierto.

Jorge Carreño Casadiego



HORMIGAS

A N A T E M A S

*Tengo la habilidad de escarbar la arena para asustar a
las hormigas antes de que trepen mi ataúd.*

Luis Alberto Costales Cazar

A la memoria de Elvira Rosa, mi madre.

Acurrucada a los pies de un almendro, escarbo con un trozo de madera en la entrada de un hormiguero. Busco atrapar, uno a uno, a esos pequeños bichos de color rojo —aterradoramente rojos— que durante los últimos días no me han dejado dormir en paz. En mi infancia éramos amigos, lo reconozco. Me gustaba observar cómo se comunicaban entre sí para trazar la ruta que les permitía llevar el alimento a la colonia. Es extraño. Sigo escarbando. No creo haber avanzado en mi tarea. La asumí con decisión desde que les declaré la guerra. Sé que están aquí. El roce de sus patas con la superficie por donde caminan, produce un suave sonido, apenas audible para un oído perfecto como el mío. Percibo su movimiento. No logro verlas. Estoy convencida de que ellas sí me ven. Eso me desconcierta.

Me siento débil. El aire se enrarece y me cuesta respirar. El calor se torna insoportable en este pueblo de casas construidas con latas hábilmente entretejidas, embadurnadas de tierra húmeda, revuelta con paja y cuanto desperdicio pueda ser útil. Desde que la temperatura

comenzó a subir, nada volvió a ser igual. Aparecieron en mi casa enormes alacranes. Cambiaron sus hábitos nocturnos y sociales para perturbarme la existencia. A toda hora los veo deambulando, en pequeños grupos, por cada recoveco que encuentran a su paso. Aparecen en la cocina, las habitaciones, el corredor y los andenes, a donde tuve que huir tratando de espantar el infierno que transformó mi vida. La ruina se instaló en mí. Desbarató mi destino para siempre.

Sé que voy a morir. Todo en derredor también lo hará. Mientras busco desesperadamente a las hormigas, fragmentos de lo que ha sido mi vida, regresan como olas del mar. Eso incrementa mi desasosiego. Desde que comenzó el suplicio, un agudo dolor se ha ido apoderando de mi existencia. Me roba la calma y las ganas de vivir. El mundo se me vino encima; casi todos los míos, hace rato me abandonaron y los pocos que decidieron quedarse, como aves de rapiña, llegan en todo momento con sus maledicciones a devorar las brevas de mi patio. Mi hermana menor no tardó en clavarme el agujón por la espalda. Con ambición desmedida, segura de mi desplome definitivo, fue apoderándose de los rincones, los anhelos y cada pedacito de cielo que yo había ido arrebatándole al desierto. La única que sigue fiel al lado mío es la niña que parí entre júbilos y sobresaltos; fruto del amor en su dulzura más próxima. Se niega a abandonarme. Hace esfuerzos ingentes para que todo vuelva a ser el jardín de antes. De él, no volví a saber nada. Pareciera que un hoyo negro se lo hubiese tragado. Ahora, que la oscuridad está cerca, lloro en silencio. A mí también me tragará. Mi hija quedará expuesta a las pisadas de los alacranes.

La podredumbre se apoderó de mi sangre. En las sesiones me deslizaban bajo un enorme caparazón. Me quemaban con un fuego invisible para reducir la presencia maligna enquistada en el cerebro. Agotada, deprimida, con rabia extrema y aislada del mundo por la pérdida de la audición —de la cual siempre me vanaglorié— regresaba a casa repitiéndome la eterna mentira, mientras trataba de calmar la picazón que recorría mi cuerpo: este será el último viaje. Días después, volvía el

pesimismo en la voz del médico y de nuevo la tortura.

La última vez lloré desconsoladamente. Nada se podía hacer. Debía prepararme para afrontar la incertidumbre. Perdí la cordura. Me sentí ausente de mí. Algo dejó de doler. Todo dejó de importarme. Sólo se quedaron conmigo las hormigas.

Me confinaron en una fría habitación repleta de otros como yo. No sé cuánto tiempo ha pasado. Sigo en la misma posición: boca abajo en una pequeña cama. Aunque no las vea, creo que me amarraron con correas. No puedo moverme. Quizá sea una medida extrema para evitar que intente hacerme daño. El tiempo ha cambiado. No hay horas ni segundos. Una cruel eternidad permanece para mí y para otros. Algo sucede conmigo. Nadie lo nota. De vez en cuando, puedo zafarme de las cadenas invisibles que me atan y corro decidida a buscarlas bajo el almendro. Ahora pienso en ellas; no veo el árbol ni el hormiguero.

Sigo en el mismo cuarto. Espero la muerte. Los que también duermen, no respiran. Eso me aterra. Esta posición en la que me han desamparado —pues no volví a ver al hombre con bata blanca y tapabocas— tornó rígidos mis músculos, las piernas no obedecen mis órdenes y los ojos no pueden ver más allá de mi frente.

Intentaré dormir. Tengo todo el tiempo del mundo. Tal vez cuando despierte haya recobrado mi ánimo. Poco a poco, voy cayendo en un profundo, denso y prolongado letargo, prueba de esta alteración que corroe mis huesos y vulnera mis estados de consciencia. Quizá sea el merecido castigo por blasfemar, cuando me enteré que mis células se habían contaminado sin remedio. Veo a esos diminutos animales en mi sueño. Esta visión no es nueva. Desde niña me visitaban cuando dormía. Despertaba y corría a buscarlas. El solar era un pequeño terreno poblado de enormes árboles de hojas largas, estrechas y puntiagudas. Me regalaban la paz cada vez que florecían, como esa pintura que hay en la sala de mi casa. Ahora —si es que ellas me lo permiten— no despertaré feliz. Las alimañas se multiplicaron y están acorralándome, trepándoseme encima. Atada, como estoy, no puedo deshacerme de ellas. Quiero despertar y algo me lo

impide. Sé que esta vez es distinto, premonitoriamente diferente. Tal certeza me está robando el aire.

Un intenso cosquilleo recorre mi piel. El pánico se apodera de mí. Una fuerza descomunal arranca de un solo tirón mi larga cabellera. La sangre que brota cubre todo mi rostro. Trato de identificar el origen de mi sufrimiento. Pienso que son piojos. La sola imagen de los mismos recorriendo mi cráneo me hace vomitar —siempre les he temido; se reproducen sin control—. Son las hormigas. Calculada y coordinadamente, se abalanzan sobre mí para devorarme, fieles a su instinto primario: la supervivencia. Tras arrancar con furia mis cabellos, los transportan a su nicho como hojas sueltas, bellamente sueltas, inermes ante el bochorno de la tarde. Quiero aplastarlas con mis manos. No puedo asirlas. En mi sueño el calor me hace sudar.

Sigo tendida. Los bichos me devoran a sus anchas. Los alacranes, pasmosamente quietos, observan con deleite el ritual previo al cataclismo. Hago el esfuerzo de moverme. Algo me lo impide. La imagen de mi calvicie me hace reír sin control. Sin muecas ni sonidos estridentes. Me produce un largo temblor y arrojo por mi boca la descomposición que me carcome.

Veo mi rostro enterrado en el barro pestilente, rodeado de sapos y sanguijuelas, atraídos también por la otra maldición que se aposentó entre nosotros: la lluvia. El almendro ha desaparecido. En su lugar solo queda el eterno desierto, calcinante, de arenas blancas y movedizas que me amenazan y me agreden a cada instante.

Ha llegado el fin. Deseo seguir hurgando en la boca del hormiguero. Este ya no está. Mi cuerpo no me pertenece. Un sudor frío recorre mi piel. Me diluyo en la bruma espesa del olvido. Hay un hedor insoportable que proviene del vómito. Observo cómo las sabandijas trepan por mi rostro y se incrustan en la nariz. Salen victoriosas por la cuenca de mis ojos.

Ya es tarde —muy tarde— para los anhelos. Las hormigas han invadido el refugio de mis latidos. En este absurdo festín, al que asisto en contra de mi voluntad, me doy cuenta de una verdad aterradora: para estas carnívoras, el alimento soy yo.

